

**Jimenez, Alexander** (recopilador), Manuel Formoso, Arnoldo Mora, Amando Robles y Jaime Robert, *Del búho a los gorriones Ensayos sobre la post modernidad*. San José de Costa Rica 1993.

Un economista puede llamarse a sí mismo economista sin que ello parezca a nadie una manifestación de arrogancia o de desarrollo incompleto de la autoconciencia. Para mí, no sucede lo mismo con el término ‘filósofo’, que no siento deba ser aplicado a todo el que complete exitosamente la carrera universitaria conocida como ‘filosofía’ y obtenga el diploma correspondiente, sino a quienes de hecho hacen filosofía. Por esto, sentí una habitual sensación de incomodidad al leer en la Introducción del libro aquí reseñado, y antes de que hubiese tenido oportunidad alguna de apreciar su contenido, que los autores se llamaban a sí mismo ‘filósofos’. Sin embargo, cuando, habiendo ya leído parte del libro, en el primero de los ensayos encontré de nuevo que el autor se llamaba a sí mismo ‘filósofo’, ello ya no me causó ninguna sensación extraña.

Sucede que el libro en cuestión es en verdad filosófico, muestra el profundo y amplio conocimiento de los autores, y trata de una manera sumamente interesante un tema de la mayor actualidad. En efecto, si bien el término ‘postmoderno’ implicó y debió haber implicado siempre la superación de la búsqueda de y la obsesión con «*lo nuevo*, entendido como desarrollo de *lo mismo*» (sic), el publicista Francis Fukuyama, del Departamento de Estado estadounidense se esforzó por dar al concepto de ‘fin de la historia’ el sentido de «el acabamiento de la evolución ideológica de la humanidad y la desaparición de alternativas al liberalismo» (sic) capitalista. Con ello el publicista y sus clientes pretendían invertir el sentido de los conceptos del postmodernismo y del fin de la historia y de la utopía. En efecto, como señaló Marcuse «en julio de 1967, durante una conferencia en la Universidad Libre de Berlín las nuevas posibilidades de una sociedad humana y de su mundo circundante no son ya imaginables como continuación de las viejas, no se pueden representar en el mismo continuo histórico, sino que presuponen una ruptura precisamente con el continuo histórico» (sic). Desde este último punto de vista, las posibilidades futuras de la sociedad y de su mundo circundante no corresponden a la muerte de las utopías, sino, por el contrario, a la transformación de las mismas en ‘entopías’. Aún más, siendo el liberalismo capitalista algo que surgió durante el desenvolvimiento del continuo histórico y que corresponde a una de sus etapas, asociar el sistema en cuestión al concepto de ‘fin de la historia’ y entender este último como la eternización de la etapa histórica en cuestión no es otra cosa que irrespetar el sentido establecido y aceptado del término (y, en consecuencia, de otros asociados a él) —e incluso en gran medida de la lógica inherente al lenguaje—. Ahora bien, ¿qué tiene de raro o de nuevo que los publicistas de Departamento de Estado empleen el Newspeak?

El libro que aquí se reseña no se manifiesta de entrada tan hostil a Fukuyama como lo es el párrafo anterior de esta reseña; en la Introducción se presentan una junto a otra la prefiguración del concepto del ‘fin de la historia’ por Marcuse y la utilización tramposa del mismo por Fukuyama sin denunciar a esta última como tal y sin tomar partido por la una o por la otra de una manera abierta y evidente. Es en los diferentes ensayos que siguen que se apreciará con perfecta claridad la interpretación que el grupo ‘Presencia’ (conformado por los autores del libro) hace del postmodernismo.

En el primero de los ensayos, ‘En los límites de la modernidad’, Arnoldo Mora, después de referirse a declaraciones de Michel Rocard (ligeramente del lado de lo que se llamó ‘izquierda’) y de Raymond Aron (del lado de la derecha), enfoca el concepto de

postmodernidad a partir del pensamiento de Lyotard y en contraposición al concepto de ‘modernidad’ desarrollado por la Escuela de Francfort. Así Mora es el primero de nuestros autores en tomar partido abiertamente en contra de Fukuyama, y en definir el sujeto de la época postmoderna que sucederá al del fin de la historia en términos del concepto nietzschiano de ‘superhombre’ (y en su triple base constituida por la muerte de Dios, la voluntad de Poder y la doctrina del Eterno Retorno): el huérfano de Dios puede ser el hombre absoluto, el absoluto del que emanan los valores y antivalores. Mora también nos recuerda el carácter ideológico de la ‘ciencia’ y nos recuerda la primacía de la experiencia frente a su tematización. Lástima que no nos advierta —y que tampoco la haga los otros autores— que la aldea global es una ilusión, ya que la esencia de la aldea es la comunicación multidireccional, hecha imposible por la transmisión unidireccional de información manipulada y manipuladora propia de los medios de difusión de masas.

En ‘La polis mundial’, Manuel Formoso también toma claramente el bando de Marcuse y, en vez de proponer con Fukuyama que se denomine ‘fin de la historia’ a una eternización de la última etapa de la historia, que a todas luces es ecológicamente (y en todo sentido) imposible, nos dirige hacia la ruptura con la historia y todas sus etapas al decirnos que:

«La crisis de nuestro tiempo se distingue de las anteriores por su amplitud y por su complejidad. Estamos enfrentando una crisis que tenemos que llamar planetaria, porque afecta a toda la humanidad y porque se extiende hasta el último rincón de la tierra.

«Igualmente es una crisis sumamente compleja porque abarca la política, la moral, la economía, la razón, la estética, etc, en fin, tantos campos que bien podemos afirmar que estamos asistiendo al final de una época y al comienzo de un mundo nuevo.

«Las manifestaciones de la crisis las podemos examinar en ciertos campos, en los cuales han aparecido conjuntos de problemas que forman especie de nudos, que facilitan su estudio, como son los ecológicos, económicos, demográficos y políticos.

«En el campo ecológico las evidencias de que vivimos una crisis de carácter planetario son muchas. La destrucción de la capa de ozono, de los bosques tropicales, el mal uso de los recursos naturales no renovables, la contaminación de las aguas y el aire, son problemas que día a día se agudizan y su solución ya no está al alcance de una nación o de un continente, sino que tienen que ser abordados por toda la humanidad, si se quiere tener éxito. Además, de no ser controlado el daño que estamos haciendo a la Naturaleza, la vida de todos, ricos o pobres, corre grave peligro

«En el campo económico estamos asistiendo, desde hace ya varios años, a procesos de globalización que han creado gigantescas furezas económicas, mayores que las económicas de los Estados más grandes, que se extienden a todo el mundo. Este proceso de globalización económica, si bien ha creado enormes diferencias entre el mundo desarrollado y el subdesarrollado,<sup>1</sup> también ha mostrado que hoy tenemos que hablar de economía mundial, porque la pobreza de los desposeídos pasa a ser un dato que no pueden ignorar los más favorecidos, si quieren mantener su riqueza.»

Formoso propone un retorno a la *polis* griega, que para él ahora sólo podría ser *polis* mundial (aunque lo ya objetado al concepto de ‘aldea global’ debería ser aplicado también al concepto de polis global). Habiendo reconocido que la *polis* griega dependió de ese mal que es la esclavitud, Formoso se olvida de advertirnos que la humanidad del futuro no debe depender de la esclavitud de nadie, ni en el sentido literal ni en sentidos no tan literales. Ni

---

<sup>1</sup>Esta palabra, propia del proyecto ‘moderno’, debería ser excluida de todo discurso ‘postmoderno’.

nos dice tampoco que la calidez y la solidaridad de la polis griega eran el resultado de la comunicación multidireccional que es negada por los *mass media*.

En 'Postmodernidad y epistemología', Jaime Robert